



Hay otros mundos posibles y disponibles

Justo Rodríguez Braga
Secretario General UGT Asturias

Quiero empezar dando las gracias, en nombre de la UGT de Asturias, a todas las personas y entidades que han colaborado y hecho posible que esta tercera escuela de verano sea realidad. Así pues, les reitero nuestro reconocimiento y, muy especialmente, al señor presidente del Principado de Asturias y al secretario general de nuestra Confederación, Cándido Méndez porque, pese a lo apretado de sus agendas, han sido siempre, desde el primer año, fieles a esta cita con la Escuela de Verano de la UGT de Asturias.

Una Escuela que, lleva por título genérico *11 de septiembre, un año después*, denominación que elegimos ya a principios de enero con mucha fortuna creo yo, a la vista de que está siendo

utilizado en las últimas semanas por varios medios de comunicación de ámbito nacional.

Sobre ello vamos a reflexionar y a debatir estos días. Expertos y analistas nos ayudarán entender un poco mejor el mundo en que vivimos. Un mundo que va más allá de nuestra calle, nuestro barrio, nuestra ciudad o nuestra región.

Tenemos que darnos cuenta de que, por un lado, somos una parte minúscula e insignificante en el mundo y por otro, cualquier cosa que ocurre en cualquier parte del planeta puede afectarnos, como sociedad y como individuos, de forma inmediata: la bolsa, la economía, el cambio climático, la pobreza de otros países que produce las migraciones, etcétera. Esto es la globalización. Hoy, por ejemplo, las decisiones que se adoptan en las empresas se toman a miles de kilómetros de distancia del centro de trabajo.

La globalización ha hecho que los hombres y las sociedades pequeñas, seamos menos dueños de nuestros propios destinos y dependamos en gran medida de las decisiones y las políticas supranacionales.

Partiendo de esta realidad -y éste es el primer mensaje que quiero exponer- en el mundo de hoy, cualquier tipo de localismo resulta absurdo y cuanto menos inútil. Y eso debemos aplicarlo ya en esta región, cambiando nuestra cultura para adaptarla al ritmo de los tiempos. Aprendiendo a abordar nuestros problemas desde una óptica amplia y abierta, buscando soluciones integrales, desde la perspectiva de conjunto.

Por otra parte, y desde el punto de vista de mi propia realidad de trabajador y sindicalista me gustaría aprovechar para poner de manifiesto algunos aspectos que me preocupan sobre este fenómeno, que ya ni siquiera podemos calificar de nuevo, que es la globalización. Un proceso que fuerza a las economías nacionales a integrarse en un marco internacional para el que no existen ni instituciones ni políticas democráticas que lo gobiernen.

Hoy, en el mundo, gobierna el dinero. En los mercados globales predomina la voluntad de los intereses privados, del capital especulativo y de las empresas transnacionales que buscan el beneficio a corto plazo, olvidando la extrema pobreza de gran parte de la población mundial. Estas empresas, con el apoyo de muchos gobiernos, pretenden reducir derechos y costes laborales para hacer más competitivos sus productos.

En la búsqueda del mayor beneficio, se necesita eliminar los obstáculos que se derivan de la intervención del Estado, en particular en lo que se refiere a las relaciones laborales y a la protección social.

De esta forma, el trabajo queda sujeto a las leyes de la oferta y la demanda y a las necesidades de producción, sin cortapisas legales que salvaguarden unos derechos mínimos. La globalización, desde el punto de vista capitalista, renuncia, pues, al objetivo pleno empleo, considerando el trabajo como una mercancía más y no como un factor de distribución de la riqueza y una pieza esencial en los procesos de integración social.

Así, se reduce el sector de población que cuenta de empleo estable y derechos laborales; se desmantela el sector público; aumenta el sector de población (mujeres y jóvenes en su mayoría) que trabaja en condiciones precarias y crece también el sector de población excluida, los que sobreviven de la asistencia social, la caridad o la ayuda internacional.

Y esta descripción genérica que acabo de hacer se produce en todas las escalas: en nuestra comunidad autónoma, en nuestro país, podemos identificar estos problemas que acabo de señalar, pero entre países, entre continentes, también podemos hacerlo.

Las estadísticas pueden parecer increíbles. La deuda externa total de los países en desarrollo creció de 90.000 millones de dólares en 1970 hasta casi dos billones de dólares en 1998, de los 6.000 millones de habitantes del mundo, 2.800 millones viven con menos de dos dólares al día y 1.200 millones con menos de un dólar.

Hasta 35.000 niños de menos de cinco años mueren cada día por enfermedades evitables, es decir, uno cada tres segundos. Más de 211 millones de niños con edades entre 5 y 14 años son obligados a trabajar en todo el mundo. Más de cien millones no van a la escuela por causas ligadas a la pobreza.

La distancia del 20% más rico del mundo respecto al 20% más pobre se ha duplicado en los últimos cuarenta años, mientras que el patrimonio de las tres personas más ricas del mundo excede al PIB de los 48 países más pobres (que suman una población de 600 millones).

Cabe pensar, por tanto, que el mundo va a peor. La mundialización neoliberal no ha mejorado en nada la situación. Muy al contrario, las desigualdades han crecido de forma alarmante.

Frente a todo ello, estamos viendo cómo los Estados están siendo incapaces de adoptar compromisos concretos. Está muy reciente el ejemplo de la cumbre de la tierra de Johannesburgo, que finalizó con una serie de declaraciones genéricas, de buenas intenciones, pero sin un plan decidido de acción.

Pero frente a todo ello también, los ciudadanos, los trabajadores, los sindicatos, tenemos opciones de maniobra. En el actual contexto de globalización, la acción sindical ya no puede moverse exclusivamente en el terreno de las empresas y en el ámbito de los Estados, ni reducirse a las demandas clásicas. Debe abrir nuevos espacios para intervenir en los procesos de marginación social y dar cabida a los millones de excluidos del sistema económico, propiciando modelos de sociedad más igualitarios.

Por eso, los trabajadores, los sindicatos, tenemos que apostar por nuestra globalización, la globalización del cumplimiento de los derechos laborales, a través de iniciativas concertadas entre trabajadores del norte y del sur, estrechando lazos de colaboración sindical a nivel internacional, reforzando las alianzas, la coordinación y fortaleciendo a las organizaciones de trabajadores en todo el mundo, evitando el dumping social y estableciendo un marco de solidaridad y justicia global.

Eso en lo que respecta al ámbito laboral. En el político, está claro que el neoliberalismo capitalista, que parecía, desde la caída del muro, el único modelo posible, ha entrado en una crisis de amplias dimensiones.

Las burbujas financieras; los escándalos económicos; la corrupción de las grandes corporaciones; el beneficio fácil; los paraísos fiscales que tanto sirven para ocultar el dinero del terrorismo islámico como para subvencionar encubiertamente las exportaciones de las grandes corporaciones estadounidenses; los miles y miles de despedidos por las multinacionales que no es que pierdan, sino que ganan menos, etcétera, han puesto de manifiesto la debilidad y las contradicciones del actual modelo capitalista liderado por los Estados Unidos.

Hoy, el mundo está sumido en una incertidumbre que, si bien ya existía, se ha intensificado desde los atentados del 11 de septiembre.

Y esto debe hacernos reflexionar y concienciarnos de que hemos de avanzar hacia otros modelos de sociedad equilibrados y solidarios.

Los ciudadanos progresistas, de izquierdas, tenemos que convencer a los demás de que hay otros mundos posibles y disponibles, al margen del fundamentalismo económico norteamericano y el fundamentalismo religioso de Bin Laden.

Así, de la misma forma que en el plano sindical, también en el político tenemos que trabajar, con miras amplias, con el objetivo de trazar a escala internacional, un esquema claro y definido de sociedad, unos objetivos comunes a los progresistas de todo el mundo, unos compromisos definidos que ahora no existen. No hace falta más que mirar hacia el socialismo europeo.

Por ello tenemos que plantearnos muy seriamente potenciar estructuras como la Internacional Socialista.

La izquierda debe edificar un modelo alternativo y, sinceramente creo que ahora, cuando está en quiebra el capitalismo, es el momento. No podemos ni debemos esperar más.

Espero que esta Escuela nos dé muchas pistas sobre éste y otros asuntos y, sin más, os doy las gracias a todos y a todas por vuestra presencia hoy aquí y espero que os guste la programación de esta Escuela, que hemos realizado con interés e ilusión.